

Memorial de Mascarones

RAMÓN XIRAU



E HONRA Y alegría hablar en este acto conmemorativo de los setenta años de nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Celebrarlo ha sido idea de Juliána González, nuestra directora. Hay que felicitarla y hacer pública esta felicitación. Además quiero adherirme a la mesa redonda en honor a Edmundo O'Gorman, amigo y en muchos sentidos maestro. Celebrémoslo. Celebrémoslo también, tal es mi tema no anunciado antes, a Mascarones, aquel lugar —y lugar en el tiempo— donde estudié, donde estudiamos muchos de nosotros. No todo lo que voy a decir pertenece *objetivamente* —de algún modo hay que decirlo— a aquel espacio y tiempo. Todo lo que diga ahora está asociado, para mí, con aquella Facultad de Filosofía y Letras, aquella Facultad donde viví y conviví con amigos, de 1942 a 1946, cuando me recibí con la tesis, ignoro si todavía legible, *Método y metafísica en Descartes*.

En lo que sigue aparecerán algunas anécdotas. ¿Qué significado tiene aquí la palabra "anécdota"? El de una breve narración que no llega a ser chisme —o, ¿llega a serlo en algún momento?—. Pero sobre todo y creo que ateniéndome a etimologías, significa "cosa inédita" o "hacer público", como suele hacerse en una conferencia o una plática, igual a ésta de hoy, que no pretende ser formal. Y no es que invoque el desorden porque, dice mi maestro Bergson, eso que a veces llamamos desorden puede ser una forma del orden: *Il n'y a pas de désordre. Il y a deux ordres*. Siempre he estado a favor de un espíritu sistemático; no, lo digo con Pascal, de un "espíritu de sistema". Vayamos directamente a nuestro asunto. En lo que habré de decir me referiré a 1) el edificio llamado Mascarones; 2) a mis amigos; 3) a mis maestros; 4) a algunas ideas mías y no mías. Concluiré hablando de lo que quiero llamar "espíritu de Mascarones".

Descripción objetiva. Si han ido a la Ribera de San Cosme —¿se sigue yendo a aquella Ribera?—, esquina con la calle de Naranjo y cerca de la Alameda de Santa María, situada al Norte de Mascarones, podrán ver todavía hoy la fachada de aquella Facultad. Ignoro si el edificio está bien conservado. Desde que la Facultad se mudó a la Ciudad Universitaria, no he vuelto a entrar ni pienso hacerlo. El interior: amplio patio,

camino trazados con precisión. Allí los naranjos. Atrás un patio alargado menos hermoso que el primero. En el fondo, la Biblioteca donde algunos consultaban el Migne y, sobre todo, en aquella gran serie patristica, a Juan Escoto Erigena que interesaba, probablemente por razones platónicas, neoplatónicas, agustinianas, místicas, poéticas. Eramos algunos los que podíamos leer, de manera más o menos aproximada, el latín; muy pocos el griego. No me cuento entre estos pocos. Mi griego, estudiado dos años en el Liceo —Marsella, México— era y es totalmente insuficiente.

Vuelvo al primer patio, el de los naranjos. A un lado estaba el café, ese café que fue centro para todos nosotros y también para los numerosos estudiantes que venían a nuestra casa —principalmente de Derecho, también de Medicina— y convivían con nosotros. Así, por ejemplo, Henrique González Casanova y Teodoro Césarman, ya casi cardiólogo.

La fachada. La describo escuetamente; más puede encontrarse en libros y, sobre todo, en diccionarios, como el Porrúa de historia de México. Según se dice aquel terreno fue largo tiempo una huerta, hasta iniciada la construcción de Mascarones por Don José Vivero Hurtado de Mendoza. La fachada es del siglo XVIII, una de las mejores de México. La forman o conforman estípites terminados con cariátides, es decir, está hecha de pilastras en forma de pirámide truncada. La forman también las cariátides, mujeres con traje talar y vestidura que llega hasta los talones. La fachada es hermosa.

De las cariátides proviene el nombre de Mascarones. ¿Qué mascarones, me pregunto? ¿Los de una proa fija y multiplicada, inmóvil? Hay que ir para saberlo. En la Alameda de Santa María platicábamos con nuestras compañeras, no de filosofía pero tal vez sí de amores. También íbamos a veces —cosa prohibida— a la amplia azotea y casi terraza del edificio. No todo tiene que ser ciencia y ciencia, letras y letras, historia e historia, filosofía y filosofía.

Ahora, paso a algunos asuntos personales. Cuando Pascal escribió aquello de "el yo es odioso" (*le moi est haïssable*) mucho me temo que hablaba de su yo, lo cual hacía que su yo odiado no fuera odioso. Pues bien, quien ahora les habla, nació en Barcelona (noreste de España como dicen hoy, extrañamente, en los periódicos). Tengo los mismos años que esta Facultad. Estuve exiliado en Provenza, muy tierra mía, donde empecé el bachillerato francés en el Lycée Périer y lo terminé en México, en el Liceo Franco-Mexicano. Bien. Salido o "sacado" de aquella España en terrible guerra a los catorce años —uno de mis primeros poemas se refería a los

• Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras, la tarde del lunes 17 de enero de 1994. Por la mañana había sido el homenaje a Edmundo O'Gorman. He renunciado a suprimir el tono hablado de esta conferencia para conservar su aspecto de plática, el que tuvo en su momento.

bombardeos cotidianos de 1938—, me hice “provenzal”. Quiero decir que me adapté rápidamente a aquellas tierras, que todavía son mías. Descubrí que en el campo si entendían el catalán sin grandes tropiezos. Otra confesión: escribí poemas en francés que supongo desaparecidos, gracias a todos los santos.

Venir a México, este México, ya hace tiempo mío, nuestro México, fue al principio, hay que decirlo, un nuevo exilio. Por esto no me convence lo que decía José Gaos, maestro de muchos de nosotros, cuando llamó a los exiliados “transtrerrados”. Lo serían después. En aquellos años justamente eran exiliados, refugiados. Poco a poco fuimos transplantados, fue un proceso lento. En México me hice amigo de un grupo de jóvenes de mi edad o cercanos a ella, entre los cuales quiero recordar a Jomi García Ascot con quien, al alimón, di mi primer curso en Mascarones, en el año de 1949. Éramos muy jóvenes. Otros amigos de esa época fueron: Manuel Durán, Roberto Ruiz, Tomás Segovia, Carlos Blanco Aguinaga. Todos exiliados y algunos otros mexicanos como: Teresa Silva, Echavarría, pintor que murió muy joven, Alberto Gironella y, perteneciente a varias nacionalidades, Vlado. Bien. Juntos hicimos la revista *Presencia*, de la cual fue el alma Jomi. Participaron en *Presencia* dos amigos que habían luchado en la guerra de España: Ángel Palerm y Jacinto Viqueira, antropólogo el primero, ingeniero el segundo. ¿Saben por qué terminó la revista *Presencia*—habré de repetir esta palabra más adelante—? Palerm escribió su tesis de maestría. No tenía cómo ni dónde publicarla. La publicó en lo que fue el último número de la revista. ¿Piensan ustedes en Luis Rius y Arturo Souto, Pascual Buxó, Enrique de Rivas y Pepe de la Colina? Fueron amigos nuestros pero más tarde. Era más jóvenes.

Hasta aquí lo que fue un primer grupo de amigos. Tuve también otros en la Facultad—no quiero hacer una larga lista, siempre injusta—: Jacqueline Pivert, Emilio Urraga, el arquitecto Raúl Henriquez, Bernabé Navarro, Huguette Balzola, Margit Frenk y los “extranjeros” que venían de otras Facultades. Pues bien, los españoles (algunos todavía adolescentes), éramos desterrados, éramos exiliados con los ojos puestos en España y, en algún caso, especialmente en Cataluña y en lo que Dante llamó *lingua d’ocho*, transformado creo que por los franceses en *Languedoc*.

Vuelvo a Mascarones aunque en verdad nunca me he alejado demasiado de aquella casa. En aquellos años, años de carrera, hubo una doble noticia que llevaba por nombres Jean-Paul Sartre y Albert Camus. Nos dividimos en sartrianos y camusianos. Tal vez por orígenes comunes en el Mediterráneo, pero sobre todo por la luminosidad poética de su pensamiento, algunos fuimos “camusianos”. Debe leerse a Camus: *El Extranjero* y *El Hombre rebelde*, pero sobre todo *Nupcias* y *el Verano*. Sartre fue objeto de largas polémicas, principalmente sobre *El ser y la nada*; y si mucho se empeñan pueden leer a Sartre. Dicho más seriamente, no cabe duda de la “importancia” de Sartre; no así de su “simpatía”, puesta de manifiesto mucho más tarde en *Palabras (Les Mots)*.

Todo lo dicho hasta aquí tiene que ver con Mascarones: amigos, maestros, pensadores, escritores, adaptación más o menos rápida al nuevo país, precisamente en aquella casa. Revelaré, no creo que sea un secreto, lo que me hizo de veras mexicano. Vi a una persona, hablé con ella, le conté

interminablemente historias temibles de la guerra vivida, de aquella guerra tal vez incivil. Ella me escuchaba, la conocí cuando hablaba con mi padre: era Ana María Icaza, mi futura esposa. Mi padre me dijo que era pintora; lo era, y pintaba muy bien.

Aparte de la reciente división—camusianos y sartrianos—había en nuestra Facultad una división más antigua. Por una parte estaban los neokantianos—neokantismo de Marburgo. Representaban la izquierda, una moderada izquierda. Por otra parte estaban los neotomistas que traté poco por razones más sociales y aun más políticas que académicas. Quiero sin embargo señalar que uno de ellos fue un magnífico maestro, amigo de los jóvenes españoles: Oswaldo Robles, mi profesor de filosofía medieval. Por cierto, un maestro de aquel entonces que me niego a nombrar fue extremadamente puntual. Nos daba una clase de diez, a veces quince minutos. Sí, los neotomistas solían representar la derecha, claro está. Pero, ¿es la cosa tan clara? Para limitarnos a Francia: Bernanos, Maritain y Emmanuel Mounier (fundador de la revista *Esprit* que aún subsiste) eran, con diversos matices, católicos, amigos de los republicanos españoles. Creo que lo fue el poeta Pierre Emmanuel, que también era cristiano y, claro, también Juan Pablo Lansberg, exiliado de Alemania, profesor en Barcelona muerto en un campo nazi de concentración.

En la Facultad, además, había algunos excelentes profesores. Samuel Ramos en Estética, García Máynez en Ética y Filosofía de los Valores y, memorable, don Antonio Caso, que recordaba en su aspecto a algún filósofo francés de fin de siglo. Don Antonio trató desde sus libros hacernos ver que el valor verdadero no está en la “economía”—mínimo esfuerzo con un máximo de resultados—sino en la caridad—máximo esfuerzo con un mínimo de resultados—. Caridad, es decir, amor, el agustiniano amor que lleva a decir: “Deus meus pondus meus”. Otro aspecto de la filosofía de Caso me tocaba de cerca a pesar de la diferencia de generaciones. Me refiero a su filosofía de la persona y no del individuo concebido como uno de tantos, lo que le llevaba a condenar todos los totalitarismos. Hondo entusiasta, espíritu libre—recordemos que don Antonio fue quien más valientemente defendió la autonomía universitaria—era hombre íntegro, hombre de conciencia.

Ahora viene a mi mente un recuerdo trágico ligado a Mascarones. Mi padre Joaquín Xirau murió en un accidente cuando estábamos frente a la Facultad, era abril de 1946. En el número de la revista del IFAL, espléndida revista en aquel entonces, aparecían un texto de mi padre sobre Antonio Caso que acababa de morir y una nota de la revista sobre la muerte de mi padre, quién tanto había hecho para el IFAL, además de mi primer artículo, donde discutía las posibles relaciones entre la filosofía de la existencia y nada menos que don Francisco de Quevedo. No me he leído, tal vez era un buen artículo. ¿Coincidencias dramáticas? Así de temibles pueden llegar a ser las cosas.

Otros maestros míos fueron José Gaos y García Bacca, profesor este de teoría del conocimiento y de un utilísimo seminario acerca del griego para filosofía; Josep Carner, gran poeta catalán, autor de aquel poema llamado “Nabi”, profesor de poesía romántica; don Pedro Bosch Gimpera, historiador, prehistoriador tan cercano a los míos. No quiero

olvidar a Julio Torri, quien comentó un texto mío cuando yo acababa de entrar a la Facultad con la siguiente frase: "trabajo muy conceptuoso", lo que me llenó de sorpresa y alegría. También recuerdo a Julio Jiménez Rueda, Pablo Martínez del Río y Amancio Bolaño Isla, vivísimo profesor de latín. Y, claro, aunque estuviera poco en la Facultad, don Alfonso Reyes, tan amigo de los españoles, a quien oí hablar por primera vez creo que en 1940, en la Universidad de Morelia y después en el IFAL y también en Mascarones. Don Alfonso, primer presidente de la Casa de España en México, después El Colegio de México. ¿Leen ustedes a Alfonso Reyes? Hay que leerlo. Su obra es toda vida, y debe decirse con Borges que es Reyes, aparte de un gran poeta, uno de los mejores prosistas en lengua castellana de este siglo, si no es que el mejor.

Volviendo a Joaquín Xirau, no es éste el lugar para resumir su filosofía, ya lo he hecho en otras partes. Diré tan sólo que, riguroso y entusiasta, había sido un gran maestro en Barcelona, París y Cambridge —en Inglaterra coincidió con Jorge Guillén, profesor en Oxford— y naturalmente, en Mascarones. En Barcelona había tenido por discípulos a Jordi Maragall, Josep Calsamiglia, Udina, Rubert de Ventós el padre, Eduardo Nicol, Ferrater y Gomà. Los veía en la Universidad, pero principalmente en su casa, como habría de hacerlo con sus discípulos de México. Entre ellos: Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Bernabé Navarro y William D. Johnson, a quienes cito en primer lugar porque dieron conferencias acerca de mi padre poco después de su muerte y sobre él escribieron con profundidad. Sería injusto no recordar, entre los que también iban a su casa y lo oían tocar el piano del mismo modo que sus discípulos barceloneses, a Eusebio Castro, Matilde Lemberger, Raúl Henríquez, J. Moreno, Emilio Cruz, mi gran amigo, Adolf Scroff, Ana María y, naturalmente, yo mismo.

Filósofo, educador, hombre de letras humanas —estas *litterae humaniores* de un Vives, sobre el que escribió, y solía comentarnos en sus seminarios y cursos. Joaquín Xirau, enamorado desde que llegó de Vasco de Quiroga, de Sahagún, fue ante todo un filósofo del amor o, si se quiere, de *Logos* y *Eros*, inseparablemente unidos. Valiente tenía que ser Joaquín Xirau cuando en mayo de 1938 publicó en la revista *Madrid*, cercana a Antonio Machado y don Ignacio Bolívar, un artículo titulado *Charitas*, en aquel terrible y discordante momento de la historia.

Un hecho. En 1937 se realizaron en París, paralelamente, dos Congresos, el de Estética y el Internacional de Filosofía, bien llamado el "Congreso Descartes". Allí habrían de conocerse las *Meditaciones cartesianas* de Edmund Husserl. Pues bien, el doctor Juan Negrin, presidente del Consejo de Ministros del gobierno de la República pidió a Joaquín Xirau que representara a España en aquellos Congresos. Joaquín Xirau le dijo que quien debía representar a la República era Ortega y Gasset. Viajó para convencer a Ortega, quien había sido su maestro en años madrileños y estudiantiles, pero no lo logró, decidió entonces aceptar él mismo la representación de la República. Recuerdo cómo juntos, mi padre, mi madre y yo, visitamos aquel pabellón de la República española en la Exposición Universal de París, obra de Sert, donde se veía el surtidor de mercurio de Calder y las obras de Miró, Juan Gris y el *Sueño y mentira de Franco*, así como el *Guernica* de Picasso.

No quiero olvidar del todo la filosofía de Joaquín Xirau. La

resumiré con un solo párrafo, conclusión de su libro *Lo fugaz y lo eterno*, gracias al que se entiende mejor otro de sus libros, que deben leer, *Amor y mundo* (1940). Dice el párrafo:

La vida es movimiento, riesgo, anhelo, entrega. Vivir es trascenderse y buscar en los ámbitos del mundo algo que haga la vida digna de ser vivida. Es posible que filosofar sea entonces vivir. Pero en esto la filosofía coincide con la vida misma. También la vida plenaria es un constante "no vivir", desvivirse y proyectarse más allá de la propia existencia en un afán insaciable de salvación. Y en este caso filosofar es vivir; vivir es filosofar.

Creo que muchos, tal vez todos, podríamos hacer nuestras estas afirmaciones. Joaquín Xirau coincide con Ramón Lull, a quien cita: "El amor ha sido creado para pensar".

Tal vez se pregunten ustedes por qué no he mencionado entre los maestros de nuestra Facultad a Eduardo Nicol y a Adolfo Sánchez Vázquez. La causa es sencilla. Nicol llegó muy joven a México, creo que a los treinta y dos años, aquí preparó su tesis doctoral, que fue su excelente libro *Psicología de las situaciones vitales* (1941). Sánchez Vázquez había hecho la guerra de España, llegó a México a los veinticuatro años y aquí, entre nosotros, tuvo que terminar su carrera después de algún tiempo de impartir clases en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia.

Harlaré un poco de mi manera de reflexionar y crear: está en mis libros y en algunos de mis seminarios y cursos que he desarrollado y sigo desarrollando con los jóvenes. Yo entre dos Joaquines, mi padre y mi hijo Joaquín Xirau Icaza.

La palabra central dentro de un mundo que me es filosófico, poético, amigo de la mística, es la palabra "presencia", casi siempre ligada, lo ha visto con claridad Alejandro Rossi, a lo sagrado. Encuentro la palabra "presencia" en mi segunda tesis todavía muy bergsoniana y crítica con respecto a Sartre. Me refiero a *Duración y existencia*, libro con algunas buenas ideas y mediano estilo que publiqué en 1947. El concepto se aclara mucho más, ya desde el título, en *Sentido de la presencia* (1955) y, más tarde, en *El tiempo vivido* (1985) —hay una reedición de 1993. Subraya mi idea de la presencia un verso de uno de mis poetas, Jorge Guillén: "Soy; más, estoy, respiro".

Y este "estar" en el mundo, que nada tiene que ver con el *Dasein* de Heidegger tan estudiado por nosotros gracias a José Gaos, este "estar" también con los otros, con el Otro, es *presencia*. Lo han sabido, diversamente, Platón, San Agustín, Juan Escoto Erigena, San Juan de la Cruz, Teresa la Santa —así la llamaba Américo Castro— y en nuestros días, entre otros, Emmanuel Mounier, Edith Stein y Thomas Merton. En efecto este *estar en presencia* pertenece a filósofos, poetas, hombres y mujeres de religión y mística.

Hace unos treinta y cinco años inicié un curso, después seminario, que se titulaba Poesía y Filosofía —todavía subsiste con el más neutro y vago nombre de Estética. Por lo demás, según veo en el anuncio de cursos y seminarios de este nuestro Mascarones en Ciudad Universitaria, el mismo título ha proliferado. Quiero decir que los jóvenes maestros dan cursos sobre el tema, lo que es bueno.

Algunos han dicho y escrito que para mi filosofía y poesía son lo mismo. No, nunca he pensado o dicho que fueran lo mismo. Lo que sucede es que por caminos muy diversos

—más discursivo uno, más intuitivo el otro— pueden dirigirse a *lo mismo*, a lo crucial, a lo sagrado del mundo, a las personas, los dioses, Dios. Nada más, nada menos que esto es lo que alguna vez he tratado de decir y escribir. Lo que nos regresa al sentido sagrado de la presencia.

Pero noto que de un Mascarones a otro, de aquella Facultad a ésta me he puesto algo rapsódico. Mala señal. ¿Cuál era el espíritu de Mascarones, de ambos Mascarones?

Al hablar de este espíritu no quiero olvidar que en aquella Facultad, como es sano y necesario, frecuentemente había polémica. La polémica forma parte del diálogo, este diálogo en el que hemos creído desde siempre. No en vano mi revista, la que fundé y publicó el Colegio de México, se llamó *Diálogos*. Lo que me atrajo de Mascarones, con polémica o sin polémica, fue la capacidad de hablar, de dialogar, muchas veces en el café. *Diálogo*, es decir *dia-logos*, conversación, palabra compartida.

Si el diálogo era y es fundamental no lo es menos la tolerancia, vieja palabra del amigo Montaigne —Cervantes y Montaigne son amigos nuestros—. Ser tolerante no implica

aceptarlo todo bajo el caos, tampoco implica vivir sin creencias, ideas, sentimientos. Se trata de todo lo contrario. Más que "soportar" o "aguantar" —esto dice la raíz latina de *tolle-re*—. Es cosa de "levantar", manifestar opiniones diversas. Todas ellas salvo, lo veía John Locke con claridad, las que nacen de la intolerancia.

Diálogo, tolerancia. También amistad, la vieja virtud ciceroniana: amistad a pesar, a veces, de discrepancias y, aun, de ideas distintas si no opuestas.

Por fin, algo esencial, que estaba en aquel Mascarones y debe estar en nuestra Facultad y en todo espacio universitario: la inteligencia. Alfonso Reyes decía: "No olvidéis ser inteligentes". Tratemos de serlo. Podemos, debemos serlo.

Pero no olvidemos los afectos. No olvidemos, sobre todo, el orden vital, un orden que encauce nuestras vidas. Pero basta de predicas, si es que esto son predicas. Estamos en una celebración, una fiesta precisa, disciplinada y vital. Esta celebración en los setenta años de nuestra Facultad, en su Mascarones antiguo, en su "espíritu de Mascarones" también posible hoy. ✱

